

# Chile. Perú. Coyuntura política 2021

## *Chile. Peru. Political conjuncture 2021*

*Gustavo Fernández*<sup>1</sup>

### Resumen

En Chile, la desigualdad ocupó y terminó por polarizar y dividir la sociedad, con gente presionando desde las redes sociales y la calle, en un contexto internacional nuevamente exigente y en el marco de un mandato constitucional de cambio profundo. En Perú, la inestabilidad y la corrupción caracterizan la coyuntura política; en consecuencia, los sistemas económico y político se encuentran en medio de una transición estructural complicada, con una sociedad ahitada e impaciente. A diferencia de Chile, ese caos no encuentra en una Constituyente el canal institucional y político que lo encauce. Asimismo, tanto Perú como Chile fueron golpeados por la pandemia del Covid-19. El impacto de la desigualdad y de la injusticia estructural es un factor influyente del paradigma económico y de la fragmentación política regional. Esos son los complejos problemas que caracterizan a las sociedades regionales de América Latina, las que se destacan en el presente estudio.

**Palabras clave:** Chile, Perú, corrupción, desigualdad, política.

---

1 Gustavo Fernández fue ministro de Relaciones Exteriores y de la Presidencia, cónsul y embajador de Bolivia. Actualmente es docente en la Carrera de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica Boliviana. [gustavo37fernandez@gmail.com](mailto:gustavo37fernandez@gmail.com)

**Abstract**

*In Chile, inequality occupied and ended up polarizing and dividing society, with people pressing from social networks and the street, in a once again demanding international context and within the framework of a constitutional mandate for profound change. In Peru, instability and corruption characterize the political situation, consequently the economic and the political systems are in the middle of a complicated structural transition with a tired and impatient society. Unlike Chile, this chaos does not find the institutional and political channel to direct it in a Constituent Assembly. Likewise, both Peru and Chile were hit by the Covid-19 pandemic. The impact of inequality and structural injustice is an influential factor of the economic paradigm and the regional political fragmentation. These are the complex problems that characterize the regional societies of Latin America, which are highlighted in this study.*

**Keywords:** Chile, Peru, corruption, inequality, politics.

**Chile**

El viernes 18 de octubre de 2019 comenzó temprano, con miles de estudiantes forzando, sin pagar, su entrada al Metro de Santiago, en protesta por el alza de tarifas. En pocas horas, 25 estaciones del servicio fueron incendiadas –siete totalmente quemadas– y 118 de las 136 terminales quedaron seriamente dañadas. En la madrugada del sábado 19 el gobierno decretó estado de emergencia en la capital y efectivos militares tomaron el control de las calles. En los días y en los meses siguientes no dieron tregua saqueos, manifestaciones gigantescas –como la que reunió 1,2 millones de personas en Plaza Italia–, detenciones, represión y violencia policial, decenas de muertos, centenares de heridos, querellas judiciales. Nadie, ni dentro ni fuera, esperaba ni pronosticaba esa explosión en el país de mejor *performance* económica y estabilidad política del continente. El presidente Sebastián Piñera pidió disculpas por su primera reacción, aprobó un paquete de medidas sociales –aumento de pensiones, reducciones de tarifas–, cambió su Gabinete, pero su popularidad se desplomó. El viernes 15 de noviembre, contra las cuerdas, 10 partidos políticos y el diputado Gabriel Boric –a título personal– firmaron el “Acuerdo por la paz social y una nueva Constitución”, y el 12 de diciembre el 91% de los ciudadanos se pronunció por la convocatoria a una Constituyente.

La puesta en marcha de la Convención Constituyente, llamada a reformar, desde los cimientos, un sistema económico y político que llevaba medio siglo, probó la decisión colectiva de cambio sustantivo en la estructura del sistema político. Eligió sus miembros con una participación significativa de la ciudadanía, en medio de la pandemia por el Covid-19, con voto todavía bajo el régimen voluntario.

Las elecciones de mayo de 2021 quebraron los patrones conocidos de comportamiento electoral y dieron fin al sistema que restringió el sistema de partidos a dos grandes coaliciones. Se abrieron las compuertas de expresión de la sociedad, en una revolución electoral que trajo un recambio generacional, de género y de “independientes”, la cual se llevó por delante los viejos partidos y anticipó el perfil de la democracia chilena del futuro. El fin de ciclo se anunció en la calle y se concretó en las urnas. La Concertación de Partidos por la Democracia, que gobernó exitosamente entre 1990-2010, obtuvo 25 representantes en la Convención –el Partido Demócrata Cristiano (DC) consiguió uno y el Partido Por la Democracia (PPD) logró tres–, mientras que la hasta entonces desconocida Lista del Pueblo llevó 27 delegados a la Constituyente. No les fue mejor a los partidos oficialistas de derecha.

En consecuencia, ningún sector reunió el tercio de convencionales necesario para vetar propuestas y reformas. La derecha, que confiaba en conservar ese instrumento para mantener la Constitución actual, quedó aislada, tanto como la vieja Concertación, en medio de un océano de agrupaciones de izquierda y de ciudadanos independientes –que figuraban así inclusive en las listas de los partidos–. De esa forma, la sociedad quebró el monopolio de las cúpulas partidarias –de todos los partidos–, como lo anticipaban las encuestas y la presencia física de la gente en el estallido. Obviamente esos movimientos tardarán en cristalizar planteamientos y proyectos consistentes, de mediano y de largo plazo. La imagen clásica del caos de la creación.

La Convención se instaló y comenzó sus tareas sin mayores inconvenientes, con una composición representativa de Chile en la que destacaba la presencia de jóvenes y de mujeres, pese al clima de incertidumbre y de dudas que la precedió –reivindicación de la soberanía total de la Convención

Constituyente, sin las limitaciones de la ley de convocatoria; exigencia de libertad para los detenidos por los sucesos de octubre de 2019, entre otras.

Esas tendencias se confirmaron en la segunda vuelta de las elecciones de gobernadores (13 de junio de 2021). El oficialismo logró solo un gobernador de 15 y, como se esperaba, la expresión más renovadora y juvenil de la izquierda obtuvo un millón de votos, derrotando claramente al postulante del Partido Comunista, que estaba convencido de que la victoria estaba al alcance de la mano.

Desde luego, es interesante la manera en la que la enorme expresión de energía, polarización y conflicto de los acontecimientos de 2019, con gigantescas manifestaciones, marchas y enfrentamiento, logró canalizarse institucionalmente en la Convención Constituyente. Eso prueba, una vez más, que las instituciones cuentan. Si el resultado es positivo al final del camino –son muchos los obstáculos que deben superarse para que eso ocurra–, será una encomiable prueba de madurez democrática. En 2022 se cerrará finalmente esta larga maratón electoral, con el plebiscito que ratificará o rechazará la nueva Constitución, esta vez con la exigencia de voto obligatorio.

En los algoritmos se pide una palabra, un concepto o una idea para facilitar la búsqueda de información. Se hace lo mismo en las síntesis que encabezan los documentos académicos para orientar al lector. En el caso de los acontecimientos que estremecieron Chile, desigualdad es esa palabra o idea clave –con la concentración de la riqueza, que es su pareja inseparable–. Muchos agregarán neoliberalismo para identificar la corriente ideológica que la provoca.

Hubo un tiempo, hasta hace poco, en el que Chile se mencionaba como ejemplo regional, gracias a la expansión económica, la estabilidad política, el crecimiento del producto y de las exportaciones, la reducción de la pobreza y la mejora de los indicadores de desarrollo humano, que configuraban una historia de éxito. Había algo, sin embargo, que ni los números ni los sondeos de opinión ni los estudios de los especialistas reflejaban apropiadamente. No alcanzaron a ver –con la urgencia y la gravedad que revestía– la magnitud del proceso en el que una élite exclusiva y excluyente, educada en los mismos colegios y universidades, que frecuentaba los mismos clubes y que

vivía en los mismos barrios, concentraba el excedente que generaban las tarifas de los servicios privatizados –educación, salud, agua, carreteras– y los impuestos de la mayoría de la población. Esos grupos –clases medias altas, profesionales, ejecutivos de empresas e inevitablemente dirigentes políticos y altos funcionarios públicos– conformaron un bloque de poder, separado del resto de la sociedad, por una grieta cada vez más ancha y difícil de vencer.

De ese modo, se levantó un entramado de estamentos que agrupaba, de un lado, una sociedad próspera, de primer mundo en los niveles de consumo y en los niveles de vida, endogámica, que circulaba esos beneficios dentro del mismo círculo, y, del otro, una sociedad que mejoraba sus condiciones materiales de vida pero que no podía aspirar al éxito y a los privilegios de la élite. Así, cambió la naturaleza tradicional del problema político y social. La pobreza dejó de ser el nudo del problema. La desigualdad ocupó ese lugar, una desigualdad que terminó por polarizar y dividir la sociedad chilena, como lo demostraron empíricamente las calles y los votos.

En el camino, además, se tomó conciencia de que esa desigualdad no era solo de clase o de ingreso, sino de culturas y de etnias. Entraron en la agenda, de manera inesperada, junto a los de los jóvenes y de las mujeres, los derechos de las culturas y de los pueblos indígenas. El alcance de ese impulso se refleja en la imagen de una intelectual mapuche en la presidencia del Congreso Constituyente y de un joven de 35 años, de izquierda, que se formó en las protestas de la calle, en la candidatura a la presidencia de la República.

Pero, en el mundo líquido de este tiempo, nada está esculpido en piedra. A semanas de las elecciones, el candidato Gabriel Boric encabezaba las encuestas para ganar la presidencia en segunda vuelta, sin embargo, se abrieron paso otras preocupaciones y prioridades, en la medida en que no se concretaron los pronósticos de escenarios catastróficos pospandemia, gracias al éxito de las vacunas para controlar la plaga y al alza de los precios de las materias primas en el mercado global.

Las imágenes en las calles de más de un millón y medio de nuevos inmigrantes –venezolanos y haitianos que multiplicaban varias veces los flujos habituales de peruanos y de bolivianos–, el rebrote de la violencia en la Araucanía y del vandalismo en las principales ciudades del país, y el

ritmo de inflación, que reavivaron antiguos traumas, sacudieron el humor del electorado y provocaron el ascenso sorpresivo de José Antonio Kast, pinochetista confeso y seguidor de Jair Bolsonaro y de Donald Trump, que, de buenas a primeras, desplazó a Sebastián Sichel, candidato oficialista y alcanzó luego a Gabriel Boric, postulante de centro izquierda. Los partidos y las coaliciones que gobernaron el periodo de construcción democrática, luego del plebiscito del NO, quedaron en las cunetas de la calzada. De otro lado, la sensación térmica y las prioridades de la economía mundial también se movieron. Volvió el mensaje de equilibrio y de prudencia en el gasto, en la medida en que se alejaban la angustia, el temor y la incertidumbre del pico de la pandemia, cuando el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, bastiones de disciplina fiscal y de austeridad, alentaban y ponían dinero en planes de alivio en todo el mundo para reactivar la producción y el comercio, que iban a pique.

Falta ver si ese nuevo estado de ánimo se mantendrá hasta la segunda vuelta presidencial, programada para la primera semana de este diciembre de 2021, pero todo indica que el resultado será bastante más cerrado y competitivo que el que se anticipaba hasta hace poco, en la época de las movilizaciones sociales del estallido y en las primarias para elegir candidatos. Si eso ocurriera, probablemente ninguno de los proyectos políticos en contienda recibirá un mandato explícito y contundente; en consecuencia, se tendrán que buscar soluciones de compromiso mediante negociaciones entre las fuerzas políticas en el Congreso, con la gente presionando desde las redes sociales y la calle, en un contexto internacional nuevamente exigente y en el marco de un mandato constitucional de cambio profundo.

No será una tarea fácil.

## **Perú**

Corrupción es la palabra que surge espontáneamente cuando se pregunta por qué ocurren las cosas que están ocurriendo en Perú. Para respaldar esa apreciación basta pasar revista a la situación de sus expresidentes. Alberto Fujimori en la cárcel; Alejandro Toledo en prisión domiciliaria en Estados

Unidos, en espera de su extradición a Perú –donde lo aguarda una larga condena judicial–; Ollanta Humala procesado; Alan García muerto de propia mano, en abril de 2019, al resistir un mandamiento judicial de apremio; y Pedro Pablo Kuczynski vacado por el Congreso, con prisión domiciliaria. Descripción incompleta si no se recuerda que los más altos ejecutivos de las empresas de construcción de Perú también purgan condenas por su rol en los negocios turbios de Odebrecht.

Desde 2018, el vocablo inestabilidad se sumó al de corrupción para caracterizar la coyuntura. El vendaval tomó otro impulso, con la vacancia de Pedro Pablo Kuczynski. Su sucesor, Martín Vizcarra, cerró el Congreso en octubre del año siguiente, para ser despedido en noviembre de 2020, tras un juicio político *express*. Manuel Merino, que orquestó el golpe parlamentario, duró cinco días, hasta que, finalmente, Francisco Sagasti, presidente del Congreso, asumió el mando para presidir la transición hasta las elecciones y la posesión del nuevo presidente.

En ese decurso, el viejo sistema político se desplomó. El APRA murió. Los herederos de Acción Popular sobrevivieron maltrechos las aventuras golpistas de Manuel Merino y Keiko Fujimori perdió tres elecciones al hilo, luego de vestir todos los ropajes ideológicos y agotar todas las alianzas imaginables. En abril de 2021, los partidos que gobernaron con Alan García (Partido Aprista Peruano, 1985-1990 y 2006-2011), Ollanta Humala (Partido Nacionalista Peruano, 2011-2016) y Pedro Pablo Kuczynski (Contigo, 2016-2018) no alcanzaron el porcentaje mínimo de votos necesario para permanecer en la competencia y en el propio sistema político, junto a otras 16 organizaciones de menor lustre.

La primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2021, con un 70% de participación, tuvo un resultado desusado, que no por esperado fue menos impactante. Ninguno de los 18 postulantes logró más del 20% de los votos. Resultaron elegidos para la segunda vuelta Pedro Castillo (18,92%) y Keiko Fujimori (13,41%), los candidatos de las posiciones extremas en materia económica y política, aunque curiosamente compartían posiciones conservadoras en temas culturales y de valores –misóginos, contra el aborto, LBGTB–, y un nivel semejante de impopularidad y de rechazo en las encuestas (del orden del 70%).

El resultado final de la segunda vuelta fue estrechísimo, de 40 mil votos de diferencia, equivalentes al 0,4% del número total de votantes. La contienda se trasladó a los tribunales con acusaciones de fraude electoral y vicios constitucionales, en una gran operación de anulación de las elecciones, con actores empresariales poderosos muy comprometidos, en un escenario de extrema polarización, promovida por la extrema derecha, con intimidación, amenazas de muerte, uso masivo del espectro venezolano y amagos de golpe.

Elegido el profesor Castillo –un personaje enigmático, misterioso, por descubrir, maestro rural, rondero campesino, con esposa evangélica, en las palabras de un conocido analista peruano–, tuvo que confrontar las grandes contradicciones históricas de Perú, expuestas al escrutinio público por la corrupción, la inestabilidad política, la pandemia, la campaña electoral, en un sistema pulverizado, con un horizonte lleno de interrogantes. A diferencia de Chile, ese caos no encuentra en una Constituyente el canal institucional y político que lo encauce.

Perú también puede mostrar en la vidriera una excelente *performance* económica, con el añadido de que la consiguió en medio de una turbulencia política que no daba respiro. Cuando el viento cambió de dirección, con el fin del hiperciclo de precios de las materias primas, soportó la tormenta mejor que sus vecinos de Brasil, Argentina, Ecuador y Venezuela, apoyado en la confianza casi dogmática en la estabilidad financiera y fiscal, que se saluda, desde la derecha hasta la izquierda, como la gran conquista de todos estos años. En esos términos pueden ser interpretados el consenso de los medios y el entramado empresarial, en el gobierno de Pedro Castillo, para mantener al presidente del Banco Central de la Reserva como garantía de la estabilidad económica –como también de la continuidad del paradigma–. Es que, aunque la desigualdad y la brecha han crecido tanto como en Chile, la sociedad peruana descarga su ira en el sistema político y, hasta ahora, atribuye sus problemas a la corrupción más que al neoliberalismo o al modelo económico.

Así, no debe llamar la atención que, en esas circunstancias, con uno de los confinamientos más exigentes de la pandemia por el Covid-19, la economía peruana no termine de desplomarse, pese a la caída más dura del

producto interno bruto en América Latina y que, por el contrario, mande señales de recuperación, en medio de la incertidumbre.

Pero algo más grave se mueve en las capas tectónicas de un país curtido en terremotos.

Emerge, en primer lugar, la brecha entre el Perú de la sierra, de las provincias del sur y de los andes, rebelada contra Lima, capital asediada, sede de los poderes económicos. Le sigue la grieta de clase, entre élite y pueblo, que separa en la propia capital a los distritos populares y a los barrios de la periferia de la Lima de la bahía, en la que prosperan los barrios acomodados de San Isidro y Miraflores, baluartes del Perú moderno y cosmopolita. Por último, transversal a esos abismos, se abre la fisura cultural y étnica, que enarbola las banderas del Estado plurinacional y de la identidad y los derechos de los pueblos originarios, a los que, en palabras del académico político Alejandro Vergara, no se les termina de reconocer la condición de ciudadanos iguales.

Esos factores perfilan un horizonte encapotado, de inestabilidad acentuada y larga, con problemas de gobernabilidad –sobre todo en la relación del Ejecutivo con el Congreso– y tensiones políticas, que se pusieron de manifiesto, en esta fase, en la lucha de fracciones internas, en medio de la constante presión de los medios de comunicación, los poderes fácticos y las amenazas de la oposición mayoritaria en el Congreso.

En efecto, los problemas que confrontó Castillo para consolidar su Gabinete –nombrado bajo la influencia del sector radical de Perú Libre, el partido político que lo postuló– provocaron la renuncia de los ministros de Relaciones Exteriores, del Interior y del propio primer ministro, y concluyeron, por ahora, con la división de su partido, el repliegue de la izquierda radical y la victoria de los grupos de centro izquierda.

Desde luego, ese desplazamiento de piezas en el tablero implica un cambio importante en las prioridades de la agenda de gobierno, con la renegociación del gas, una nueva etapa de la reforma agraria, la reactivación económica, la vacunación y el control de la pandemia debido al Covid-19, por encima y por delante de varias promesas de campaña, una vez que quedó claro que la convocatoria a la Constituyente, la nacionalización o la estatización de Camisea, la renegociación de los contratos de gas y las

regalías mineras eran líneas rojas cuya transgresión podía gatillar el proceso de vacancia del presidente o el cierre del Congreso.

En ese ambiente, las fracciones de derecha y de izquierda extrema no lograron votos suficientes para declarar la vacancia temprana del profesor Castillo y se alejaron esos riesgos, por el momento. Se dividió Perú Libre y un circunstancial bloque parlamentario de estabilidad decidió aprobar el voto de confianza al Gabinete de la primera ministra Mirtha Vásquez. Es un alto al fuego transitorio y el reconocimiento del peso de los factores de poder radicados en Lima y de la estabilidad monetaria que tanto aprecian.

Como el lector puede apreciar, el sistema económico y político peruano se encuentra en medio de una transición estructural complicada, con una sociedad ahitada e impaciente.

## **El contexto, las lecciones**

Como mencionamos, Chile y Perú experimentaron prosperidad y desarrollo sostenidos en la primera década de este siglo. Es sabido que el detonante de ese proceso fue la expansión del mercado chino y el crecimiento de la demanda y de los precios de las materias primas. Mas allá de los datos económicos y políticos –aumentaron tanto las exportaciones como el producto interno, se redujo la deuda externa, disminuyó la pobreza, mejoraron los índices de desarrollo humano, aumentó el margen de autonomía nacional–, la revolución digital multiplicó el acceso a la información a miles de jóvenes y de mujeres, permitiéndoles estudiar y comparar las ventajas y las desventajas de los sistemas económicos y políticos en los que vivían.

En ese periodo, se desencadenó en el mundo un significativo proceso de urbanización, con una sociedad de clases medias –especialmente de jóvenes y de mujeres– con nuevas necesidades, demandas y aspiraciones, que creció y tomó cuerpo bajo el doble y contradictorio efecto de la revolución digital que, por un lado, transformó el sistema global de producción de bienes y de servicios, redujo la pobreza, creó prosperidad y provocó la convergencia de las economías emergentes con las del centro, y, por otro, al mismo tiempo, concentró la riqueza y el poder en niveles intolerables.

La evidencia incontrovertible de este último efecto gatilló el distanciamiento –y la ruptura abierta después– de la sociedad con el sistema político y las instituciones del Estado, la crisis del sistema de intermediación, la calle contra las instituciones, la demanda de libertad, la reivindicación de los valores éticos. Esa voz no se escuchó. Entonces se produjo el estallido.

La pandemia contuvo la propagación del fuego por un periodo, pero no apagó el incendio. Solo cuando la neblina se haya despejado, con el tiempo, se podrá hacer un balance adecuado de sus consecuencias. Los datos disponibles permiten adelantar que América Latina, muy en particular Perú, fue el rincón del planeta más golpeado por el Covid 19, en índice de fallecidos y en impacto económico y social. Por ahora, la producción y la disponibilidad de vacunas, uno de los mayores éxitos científicos de la historia, alimentan la esperanza de que se aproxima el fin de la crisis, con grandes diferencias entre los países de la región, consecuencia de la solidez distinta de su armazón institucional y sanitario. Los precios de los productos básicos, de la energía y de los productos agrícolas y mineros son ahora mayores que antes de la pandemia, pero persisten las dudas sobre lo que vendrá luego del rebote. Ya es una certeza que el sistema económico mundial experimentará una reestructuración profunda. Si las plataformas de información digital, logística y financiera repercuten en el aumento cualitativo de la productividad, como se presume, el empujón a la economía regional será sustantivo, casi tanto como el aumento de la desigualdad y de las tensiones sociales y políticas, que aparece.

Eso, más o menos, es lo que muestra la información pos Covid-19. Hay otra dimensión que no se debe olvidar. La del trauma personal y colectivo, y sus consecuencias. La gente meditó largamente sobre su futuro, en medio de la reclusión, en calma pero angustiada, encerrada en sus casas, sin trabajo, con los hijos fuera de la escuela, comiéndose los ahorros, sin saber que vendría después, mientras sentía, en carne propia, en el círculo más íntimo, el impacto de la desigualdad y de la injusticia estructural del paradigma económico y político. Cuando volvió a salir, esta vez a las urnas, pese a los riesgos y a las restricciones sanitarias de la cuarentena, fue para sellar el camino de una transformación radical de sus sociedades.

Todo eso permite anticipar que la que viene será una década de reconfiguración, de rediseño, de reingeniería económica, social y política. La tendencia indica que estamos cerca de un punto de inflexión. Si esas previsiones se confirman, un sistema institucional y político, resquebrajado por la interminable emergencia sanitaria y la reclusión forzada, enfrentará la embestida de demandas y de movilizaciones populares, en escala y fuerza sin precedentes. Se pondrá a prueba la fortaleza de instituciones y de organizaciones políticas, socavadas por una honda grieta en el sistema de representación y de intermediación, secuela de la corrupción, la movilización social y los conflictos acumulados en los años de bonanza.

Tiene que subrayarse, no obstante, que son tantos los factores que entran en juego y es tan fluido el escenario global, regional y nacional, que el desenlace de ese proceso, bueno o malo, es simplemente impredecible, cualquiera sea el punto de partida.

\* \* \*

Un hilo y un remate común conectan la protesta, la rebelión, el estallido, lo que fue y lo que será, aunque los detonantes inmediatos varían dependiendo de los países y sus circunstancias. Es –como todos lo saben, porque está escrito en todas las paredes– el repudio al sistema político, cuyas perversiones, incompetencia, vicios o pecados contaminan las instituciones del Estado. A ese conector pueden agregarse otros. La voluntad y la decisión de cambio profundo, de transformación de sus sociedades. A partir de allí vuelve a desplegarse el abanico de opciones. Puede ser que algunos países aclaren sus ideas, ajusten bien sus planes e identifiquen adecuadamente los carriles o las instituciones indispensables para enfrentar el desafío, o que, llevados por la precipitación y el entusiasmo, con planes más opacos e imprecisos, con fuerzas sociales más desorientadas o menos organizadas, enfrenten –o provoquen– un panorama de desorden y de conflicto mayor.

Para cumplir el protocolo que exige la cita de una encuesta de opinión pública –y salir de la referencia obligada a los datos de Latinobarómetro–, a fin de respaldar esas apreciaciones, mencionaré el sondeo de IPSOS Global Advisor, en 25 países del planeta, de agosto de 2021. Ese estudio, que

reafirma algunas cosas que ya todos conocemos o compartimos, anota, para empezar, que los países latinoamericanos incluidos en la muestra –Chile, Perú, Colombia y México– tienen los índices más altos de rechazo al sistema, en el mundo.

En el índice de “país fracturado”, con el que concluye ese sondeo, los encuestados sostienen que la economía está amañada en favor de los ricos y poderosos (Perú y Chile, 80%); que los partidos y los políticos tradicionales no se preocupan por la gente común (Chile 84%, Perú 81%); que los expertos locales –es decir, nosotros, los analistas– no entienden las vidas de la gente trabajadora (Chile 84%, Perú 71%); y que, en consecuencia, la gente quiere a “un líder fuerte que le quite el país a los fuertes y poderosos” (Perú 70%, Chile 72%). La respuesta a la pregunta si quiere un “un líder fuerte dispuesto a romper las reglas” es mucho más prudente (Perú 47%, Chile 35%).

En pocas palabras, en Chile y en Perú la gente quiere una transformación real del sistema, en democracia.

Las repercusiones internacionales de esos acontecimientos no pueden pasarse por alto.

Los dos campos en los que se divide la política regional están atentos al curso de los acontecimientos en Chile y en Perú, y, en algunos casos, intervienen activamente. Así lo mostró el reconocimiento prematuro de la victoria de Pedro Castillo por los gobiernos de Argentina, Bolivia y Nicaragua, y, de otro lado, las declaraciones de expresidentes iberoamericanos de la derecha (José María Aznar, Jorge Quiroga e Iván Duque), que no dudaron en advertir que esa elección, si se concretaba, representaba un riesgo mortal para la democracia peruana y latinoamericana –hubo uno que fue más lejos y pidió la anulación de las elecciones, sin pruebas que justificaran su demanda–. En el caso de Chile, cabe esperar que Jair Bolsonaro en Brasil, Javier Milei en Argentina y tal vez Iván Duque en Colombia prefieran la victoria de José Antonio Kast, y con él el alineamiento automático con Estados Unidos y la lucha contra el comunismo internacional, mientras que Luis Arce en Bolivia, Alberto Fernández en Argentina y Gustavo Petro en Colombia apuesten por la victoria de Gabriel Boric.

Pero esa polarización extrema es engañosa. Es cierto que en los dos extremos del espectro, a la izquierda y a la derecha, están parapetadas

organizaciones políticas de visión y conducta autoritaria, que reclaman poder para eliminar, de una vez y para siempre, los complejos problemas de las sociedades regionales. Pero la realidad no es tan lineal ni tan simple. Entre esos dos polos se mueven muchas corrientes, con intereses, aspiraciones y visiones económicas y sociales diferentes, que, sin embargo, comparten posiciones democráticas, que todavía siguen buscando camino, sin encontrarlo, lo cual, dicho sea de paso, no debe extrañar en absoluto. En verdad, pocos intuyen y nadie sabe la dirección que tomará el sistema económico, social y político en el planeta, con el trauma de la actual pandemia, en la era de la revolución digital, del cambio climático y la forma en la que se estructurarán las sociedades del futuro próximo. Es que los cartógrafos de los mapas que guiaron la travesía hasta hoy no imaginaron lo que podía pasar en este alucinante y extraño siglo XXI.

## Bibliografía

Foro digital de política exterior. Chile. Perú. Coyuntura política. Sesión IV. Disponible en: <https://repositorio.ucb.edu.bo/xmlui/handle/20.500.12771/435>

### *Chile*

Burr, Robert (1965). *By reason or force. Chile and the balancing of power in South America. 1830-1905*. California: University of California Press.

Collier, Simon (1998). *Historia de Chile. 1808-1994*. Cambridge: Cambridge University Press.

Dorfman, Ariel (13 de marzo de 2020). “Chile: Notes from a Revolt”. Disponible en: <https://www.nybooks.com/daily/2020/03/13/chile-notes-from-a-revolt/>

Gaspar Tapia, Gabriel (30 de octubre de 2021). “Elecciones en Chile: la pelea por el segundo puesto”. Disponible en: <https://latinoamerica21.com/es/elecciones-en-chile-la-pelea-por-el-segundo-puesto/>

López Pulgar, Claudia (18 de diciembre de 2020). “Sociólogo Ernesto Ottone analizó desafíos de la democracia en Dilemas Constitucionales”. Disponible en: <http://www.comunicacionesua.cl/2020/12/18/sociologo-ernesto-ottone-analizo-desafios-de-la-democracia-en-dilemas-constitucionales/>

Ottone F., Ernesto (4 de septiembre de 2021). “Algo va mal”. Disponible en: <https://www.latercera.com/la-tercera-domingo/noticia/columna-de-ernesto-ottone-algo-va-mal/2CXTBPILTNDGJC7OOHPRW6HV7M/>

Tapia, Alejandro (6 de mayo de 2018). “Ricardo Lagos, exPresidente: ‘Algunos añoran lo que se construyó con Pinochet y otros quieren volver a las utopías de los 60 o 70’”. Disponible en: <https://www.latercera.com/nacional/noticia/ricardo-lagos-expresidente-anoran-lo-se-construyo-pinochet-otros-quieren-volver-las-utopias-los-60-70/155015/>

Sánchez, Wálter y Teresa Pereira (1977). *150 años de política exterior chilena*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Internacionales-Universidad de Chile, Editorial Universitaria.

### ***Perú***

Basadre, Jorge (1968). *Historia de la República del Perú*. Lima: Editorial Universitaria.

Budasoff, Eliezer (20 de junio de 2021). “Alberto Vergara: ‘En Perú estamos ante los mecanismos de la posverdad preparando un golpe de Estado electoral’”. Disponible en: <https://elpais.com/internacional/2021-06-20/aberto-vergara-en-peru-estamos-ante-los-mecanismos-de-la-posverdad-preparando-un-golpe-de-estado-electoral.html>

De la Puente, Juan (30 de septiembre de 2021). “Los primeros 50 días de Castillo. La inestabilidad gobernable”. Disponible en: <https://www.nodal.am/2021/09/los-primeros-50-dias-de-castillo-la-inestabilidad-gobernable-por-juan-de-la-puente/>

De la Puente, Juan (5 de diciembre de 2021). “El sombrero agujereado. Lo constitucional y lo político”. Disponible en: <https://www.patamarilla.com/2021/12/el-sombrero-agujereado-lo-constitucional-y-lo-politico/>

*La República* (12 de junio de 2021). “ONPE: Castillo supera a Fujimori por 49.420 votos, al 100% de actas procesadas”. Disponible en: <https://larepublica.pe/elecciones/2021/06/07/elecciones-2021-resultados-onpe-pedro-castillo-supera-a-keiko-fujimori-al-94059-de-actas-procesadas-pltc/>

St. John, Ronald Bruce (1999). *La política exterior del Perú*. Lima: Asociación de Funcionarios del Servicio Diplomático del Perú.

Shifter, Michael (3 de junio de 2021). “Peru’s Fraying Democracy Crisis Has Produced Only Bad Political Options”. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/americas/2021-06-03/perus-fraying-democracy>